
LAURA A. LOPEZ
LA CANDIDATA
Inadecuada

La candidata Inadecuada

Laura A. López

© Todos los Derechos Reservados © 2021 Laura A. López
Queda prohibida su copia total o parcial y difusión en formatos no aprobados por la autora.
Registro 2104117480750

Capítulo 1

Lady Loretta ignoró durante una temporada completa al marqués de Lansdowne y siempre se jactaba de ello; sin embargo, todo comenzó a cambiar cuando su hermano se comprometió con lady Anne Musgrave, en algo que dejó mucho que hablar sobre ellos. La razón por la cual Loretta rechazaba a Charles era la relación existente entre el hombre que había dañado a su hermano y el caballero que la perseguía, y además era declarado su más ferviente admirador.

Lamentó profundamente haber desperdiciado la oportunidad de contraer matrimonio con un caballero que le agradaba y la tenía en excesiva estima.

Estaba furiosa por hacer causa común con su hermano Gabriel para que él se casara quedando ella aún soltera a punto de ingresar en su próxima temporada.

Su inmediato paso para iniciar con buen pie la primavera era aceptar cualquier petición que le hiciera el marqués. Si había un excelente candidato en Londres, ese era él.

Habían tenido varios encuentros en los que lo dejó muy mal parado. La divertía tanto. Era inteligente y simpático, además de adulador y atractivo.

Ella no se consideraba la más bonita de Londres; pero sí estaba orgullosa de tener a ese hombre a sus pies. No creía probable que algo dentro de él hubiera cambiado porque le había declarado su amor tantas veces con diferentes palabras que se podía imaginar parte de su léxico completando frases por él.

—En la carta de la señorita Smith me dijo que la Baronesa Hastings ya no es baronesa… —contó Loretta para hacer conversación en la mesa.

—Supongo que se volvió a casar, por eso no posee el título —sopesó el padre de Anne que vivía con ellos.

—¿Se casó, Loretta? Si andarás de cotilla es mejor que digas completo el asunto —mandó su

hermano.

—Dile, Loretta, que el cotilleo no tendría el sabor que posee si se dice de una vez —provocó Anne.

—Sí, se casó, con el conde de Jersey… —contó la muchacha, dejando a los otros tres comensales atónitos, con las cucharas flotando antes de entrar a sus bocas —. Es gracioso ver el efecto del cotilleo… Sus rostros son excepcionalmente sinceros.

Gabriel observó a su esposa para saber lo que pensaba. Ella había sido su prometida y estuvo a punto de casarse con aquel; pero su intromisión lo impidió, se había enamorado en su venganza contra aquel amante de su primera esposa.

—Tendrá que lidiar con un bastardo de su esposo que ronda por Francia —dijo al fin Gabriel para romper aquel silencio.

—De lo que te has salvado, Anne —opinó su padre.

—No lo hubiera adivinado; pero supongo que lady Eleonor sabía sobre el asunto porque mi esposo era su buen «amigo» —enmarcó la última palabra que mencionó en tono acusatorio.

Él con un gesto de la mano le restó importancia al asunto. Al estar casados, Anne supo muchas cosas sobre él y sus furtivas noches apasionadas con algunas damas de la nobleza.

—Me tienes aquí, casado contigo… —zanjó la cuestión con eso.

—A lo que quiero llegar es a que todos se han casado, ¡y yo no! —gruñó Loretta de una manera que nadie podía suponer si era una queja real o alguna sutileza suya.

—El marqués estará libre aún. Su madre no ha logrado casarlo —la apoyó su cuñada.

—Sí, pero hay una salvedad conmigo. Soy la hermana de lord Coventry, el asesino de su primera esposa, el escandaloso amante de la que hoy es su segunda esposa. ¿Alguien comprende la sombra del conde de Coventry sobre mí?

—Cuánto drama, querida niña. Podrías decirle a la vieja urraca que la decisión es de su hijo y

no suya —sugirió el padre de Anne.

—Se me sumará otro defecto y no solo seré todo lo dicho con anterioridad, sino que también seré conocida como la hermana grosera de lord Coventry.

—Loretta, hay muchos caballeros que querrán casarse contigo. El marqués de Lansdowne no es el único buen partido, sí es el único que quizá esté demente por ti… —repuso Gabriel.

—Es un demente muy caballeroso —lo defendió.

—Si quieres casarte con él, así será… —alentó Anne, cariñosa.

—Debemos esperar a que él aún piense que soy el amor de su vida y me quiera de marquesa…

En la residencia que Charles tenía en Londres sobre la calle Mayfair, sostenía la carta que le llegó desde Francia con una noticia que con simpleza lo dejó sin aliento.

—Howard… Casado… —contó para sí. Estaba muy sorprendido por el asunto y más sabiendo con quien se había casado.

—Hasta ese rufián coqueto y seductor se ha casado y tú, mi tan adorado Charles, no. —lamentó su madre con verdadera pena.

—Me casaré esta temporada con lady Loretta, este año será mío.

—Oh, querido, que tristeza tan profunda saber que no has recuperado tu dignidad. Aquella dama cuya belleza es cuestionable, te ha humillado en demasiadas ocasiones para contarlas con una sola mano. Para peor suerte se ha sumado el escandaloso matrimonio de su hermano. Es por eso que se volvieron a ir de Londres.

—¿Y eso en qué perturba mi afecto por ella?

—¡En que son una mala familia! —expuso su madre, agitada —. Cariño mío, tú eres el más galante de Inglaterra, digno de una mujer de su altura, no de una ruda muchacha de campo, con

un hermano cuya reputación es peor que un té frío.

—Exagera, madre. He conservado con lord Coventry y no me parece alguien así.

—Me rindo contigo, Charles. Hice lo mejor por ti. Te presenté a las mejores candidatas que han nacido en este reino y tú, solo tienes ojos para la exquisita lady Loretta. No aprendiste nada de la lección que te ha dejado la anterior temporada.

—Sí, me ha dejado una lección importante. A ella no le gusta que la adulen, desea que la rechacen. Usted me ha dado la mejor forma para conquistar a una mujer y eso es con otra mujer.

—Perdiste la razón o soy yo quien ha quedado tan mal después de insistir tanto.

—Ni usted ni yo hemos perdido nada. Mi adorada lady Loretta aprenderá a que no siempre estaré a su merced. Ha llegado el tiempo en que ella sea quien deba conquistarme —habló sonriente.

Después de tantos rechazos tampoco era un tonto, pero sabía que aquella tenía una marcaba debilidad por las atenciones y él se las haría faltar.

Capítulo 2

Pese a lo que Charles tenía pensado hacer para conseguir la verdadera atención de Loretta, aquello podía ser algo que fuera en contra de sus intereses.

Deseaba que ella lo aceptara; sin embargo, le había dado muchas excusas y desde un principio lo trató mal. Fue condenado por los pecados de Howard por ser su amigo íntimo. Esperaba a que supiera que aquel se había casado con la que era amiga de su familia. A él le resultó una sorpresa, pues no se esperaba que se terminara casando con una viuda. Era probable que hubieran iniciado aquella relación como todo lo que emprendía Howard: a través de la cama.

Charles barajó muchas opciones entre las que tenía para conquistar a Loretta. Quiso hacerlo de la manera correcta, como un caballero de buenas intenciones lo haría; pero cayó estrepitosamente.

Tenía varias temporadas para conquistarla si ella no escogía a otro. Consideraba que ella tenía cierto interés en él, aunque se negaba a aceptarlo por lo que era sabido.

En la segunda temporada de ella, intentaría lo impensable para él: rechazarla e ignorarla. Conocía de antemano que su dulce martirio deseaba obtener atención y su hermano se la prestaba bastante y él no se había quedado atrás en ofrecerle lo que deseaba. Hacerse el desinteresado debía tener el efecto deseado, que era tenerla a ella a sus pies. No obstante, sospechaba que aquello lo haría sentir muy mal porque no se describía como un sinvergüenza.

Otra idea que se le cruzó como algo demencial, irracional y desesperado, que era buscar la forma de comprometer su reputación. Una buena elección si estuviera desesperado hasta el tuétano; pero seguía siendo irreal.

La última de las opciones y quizá la más tonta e insensata, era secuestrarla y obligarla a casarse con él. Ella no le había dado esperanzas siquiera a su despellejado corazón; mas él seguía albergando esperanzas en su pecho. Sin dudas se sintió conquistado por su mirada altiva y

desafiante. Además a su parecer resultaba la más hermosa de las criaturas del salón al que iba. No le importaba que le hubiera dicho en más de una ocasión que era ridículo.

En uno de los encuentros en que coincidieron en una propiedad campestre, creyó que ella estaba muy interesada en él. Su cabello ondeando al viento sobre aquel bravo caballo que levantó en su camino una cortina de polvo que lo dejó tosiendo parecía ser lo que necesitaba para saber que aquella muchacha estaba interesada.

La siguió con su caballo y casi la alcanzaba cuando una rama que no notó, lo golpeó entre el pecho y el estómago, dejándolo fuera de combate en su carrera. Cayó del zaino que lo llevaba y quedó tendido en el suelo mirando al cielo.

La mirada graciosa y burlona, además de la risa poco educada que le dedicó, le gratificó el ánimo pese a la vergüenza que lo acompañaba.

—Nunca he visto una caída tan estrepitosa, ¿acostumbra a caer con frecuencia? —recordó que ella preguntó.

—Es a lo que yo llamo: otorgar una leve ventaja a la competencia —hubo dicho él.

—Se golpeó más fuerte de lo que había pensado. Lo ayudaré a incorporarse si necesita. Tampoco tengo el corazón tan duro…

—Sospecho que me quebré algo… —mintió en aquel entonces para obtener su atención por más tiempo.

—Lo único que tiene quebrado es su orgullo, levantaste y suba a su caballo. Pronto lloverá…

Lo dejó tirado entre la hierba y se fue.

Recordó aquel episodio con especial cariño y una sonrisa. Al menos pareció preocuparse por él. En lo que sí había tenido razón era en que iba a llover.

Ese mismo día y con la complicidad de lady Anne pudo obtener un poco de tiempo con Loretta en el salón de música de la gran casona. Su mente lo llevó al momento en que aquella

ejecutaba el pianoforte con maestría. Todavía no se había dado cuenta de que no estaba sola.

Su cabeza se movía graciosa y a la par de sus dedos. Le encantó lo inspirada que estaba. Se quedó quieto y en silencio a observarla. Todavía no deseaba que supiera que andaba ahí.

—Estaré encantado de escuchar a sus armoniosos dedos deleitándome con a su talento —dijo en aquel entonces después de que acabara la pieza.

Aquella muchacha había dado un respingo para luego cerrar con violencia el pianoforte.

—¡Usted está en todas partes, señoría! —exclamó, pálida y con las manos en el pecho. Al menos él la notó de aquella manera.

—Se me escapó en el campo y era cierto que iba a llover.

—Me alegro de que pudiera volver aquí. Buenas noches…

—Espere, milady, quisiera conversar con usted.

Él la había tomado de la mano, a lo que Loretta intentó zafarse a las prisas.

—No habla con la mano, supongo. ¿Qué le parece si me suelta? —le mandó con rudeza.

—Sí, es cierto.

Al soltarla, ella corrió para colocarse detrás del pianoforte y resguardarse como si fuera aquel un delincuente. No olvidó que frunció el ceño y sonrió.

—Quería decirle que es encantadoramente bella. Una hechicera que me tiene encerrado en un hechizo…

—Sepa, señoría, que le hago un hechizo para revertir mi… encantamiento. Está usted curado. Vaya a dormir.

—Es una delicada flor del jardín de Buckingham.

—¿No me escuchó? ¡No está encantado!

Ella continuó huyendo de él a medida que se había acercado para demostrarle que lo que

decía era cierto.

—¡Ni un paso más, caballero! —le hubo dicho, acorralada. Agarró las flores que estaban en un florero muy cerca de ella —. Se lo contaré a mi hermano. Sé que pretende alguna maldad siendo amigo de alguien tan repugnante como lord Jersey.

—Está usted equivocada, corazón mío… —la quiso coger de la cintura, pero ella lo golpeó con el ramo de flores.

—No haga que le rompa el florero en la frente. No soy su corazón, ni su corazoncito o algo similar. No intente algo más porque ya le dije que lo acusaré con mi hermano que desde cualquier punto de vista no lo quiere cerca de mí y yo tampoco.

—¿Aun si le declaro mi amor?

—Sí. Oiga, comienza a asustarme. Me mira en la comida, me persigue en los salones, y ahora también resulta que tiene los pies ligeros y se aparece como si nada.

—Puedo hacer más, querida mía, soy capaz de colocar el mundo a sus pies…

Capítulo 3

La respuesta que recibió por ofrecer el mundo a sus pies fue dolorosa. Unas cuantas espinas se clavaron en su cuero cabelludo, dejándolo un poco mareado por la violencia con que lo golpeó.

No había sospechado que el amor se pareciera a tener espinas en la cabeza. Luego de aquel accidentado episodio, bailó con ella y aunque sea había comportado más amable con él, no consiguió lo que deseaba: su atención.

Charles tenía en su mano la invitación a lo que sería uno de sus primeros bailes en la temporada que empezaba. Era su oportunidad de poner a prueba su infame estratagema para obtener a su amada Loretta.

La sonrisa maliciosa en su rostro indicaba que estaba decidido a cambiar el rumbo de su vida en favor de obtener lo que él creía que le daría la felicidad. Las advertencias de su madre entraban por su oído, las escuchaba, pero no las oía.

No olvidaría la primera vez que vio a Loretta en un salón. Aquel también fue la noche en que se dio cuenta de que ir por ella sería una lucha terrible contra su voluntad y prejuicios. Además, estaban las objeciones que su madre colocaba contra ella para convertirla en la candidata inadecuada para un marqués.

Él transformaría lo inadecuado en algo por completo adecuado y comía en ansias para que ese momento llegara.

Loretta se había preparado para asistir a su primer baile de la temporada. Sus bucles castaños estaban tan bien puestos como los que recordaba de la baronesa Hastings que, desde hacía poco tiempo, se convirtió en la condesa de Jersey. Sus ojos entre verdes y amarillos, a su parecer eran bonitos, aunque nada se parecía a los ojos azules de otras damas que la aventajaban en belleza.

Las atenciones no buen recibidas bienvenidas del marqués de Lansdowne primero le resultaron un poco repugnantes por su relacionamiento con el conde de Jersey. Al corto tiempo le estaban comenzando a asustar y para terminar de empeorar su situación, a gustar.

Era un caballero apasionado en su persecución y sus palabras siempre eran de devoción y ruego hacia ella. Aquel era alguien que podía hacer sentir a una mujer amada.

No perdía la esperanza de encontrarlo esa noche y que él se acercara para poder aceptarlo en sus atenciones. Era un candidato adecuado, aunque su madre, era una suegra poco deseada. Siendo él su único hijo, ella estaría como una sombra detrás de ellos.

Recordaba que en varias ocasiones lo alejó de ella; sin embargo, él era insistente. Se escabullía entre la gente para seguir pisándole los talones. Era ridículamente encantador.

Cuando bajó las escaleras y vio en el salón a su hermano vestido para acompañarla al baile. Ella colocó los brazos en la cintura y se acercó hasta él.

—Pensé que seguirías temiendo a tu salón, ¿acaso piensas acompañarme?

—No le temo a mi casa, Loretta. Responderé con otra pregunta, ¿para qué hicimos el viaje de la finca hasta Londres sabiendo que no me agrada estar aquí?

—Pero, Gabriel, ¿es que no piensas en mí? Eres tan egoísta… —rezongó —. Soy una muchacha soltera, y casadera no porque quiera, sino porque mi hermano tiene una reputación infernal.

—Aclaremos el panorama, Loretta. Estás soltera porque rechazaste al marqués más veces que la cantidad de pelos que tienes en la cabeza —replicó su hermano.

—¡Lord Coventry dándose baños de pureza!

—Y tú te rasgas las vestiduras.

Loretta achicó los ojos, pero se quedó callada. Alzó el mentón y gruñó para luego darse una vuelta violenta sobre sus talones, golpeando a Gabriel con sus largos bucles en el rostro.

Quedarse callada le había durado muy poco. Se quejó durante el camino al baile dentro del carruaje. Gabriel prefirió aliarse con el silencio para ganar. Loretta no comprendía que sola no podía asistir y que Anne con su embarazo concurriera era de pésimo gusto.

—Esperemos que lord Coventry pueda mantener sus prendas puestas esta noche. Recuerda que eres un hombre casado…—se burló para incomodarlo.

—¿Y hay algún problema con mi intimidad? Sabes que no soy como Villiers. Mejor cuídate del marqués, ese sí es igual.

—No podrías comparar a un caballero como es el marqués con una posta de vaca como el conde de Jersey.

—Pero andaban juntos, si no es igual, al menos se le pegó lo hediondo.

En esa temporada sabría si aquel que anduvo el año anterior persiguiéndola, estaba interesado en ella o era alguna estratagema del amigo suyo para acorralar a Gabriel en alguna trampa. Rezaba para que fuera un hombre que la adorara de verdad.

Con su cometido cumplido para callar a su hermana, él la ayudó a bajar. Ella tenía el rostro molesto en el carruaje; pero cuando bajaron una sonrisa se estampó en su cara. No era sincera, aunque cumplía con los requerimientos para parecer feliz.

Charles no podía mantener sus manos quietas. Tuvo que hacer malabares con la anfitriona para que enviaran una invitación de última hora a Loretta. Lord Coventry aún continuaba siendo alguien escandaloso. Puso su mejor sonrisa y sus ojos azules se hicieron brillantes para hacer múltiples promesas de bailar con la hija de la organizadora. Si bien la muchacha era encantadora, ninguna era como su quebranto adorado.

Una vez que la vio pasar el umbral de la puerta, sintió aquella emoción de la cacería. Su ser irracional y hechizado, comenzó a dar pasos hacia la entrada.

—¡Charles! —exclamó su madre, tomándolo del codo —. Tu dignidad…

Él pareció despertar de su encantamiento. Percibió a su madre como si se tratara de alguien amargo. No dejó de mirar que Loretta, estaba hermosa. Su bello vestido de muselina con un listón dorado por debajo del pecho y una encantadora pluma en su peinado, ocuparon lugar en sus ojos y su mente. ¿Cómo podría fingir que no la idolatraba?

—Lo comprendo, pero, madre, no me pida que sea del todo indiferente. Al menos deseo verla de cerca.

—Qué tristeza por ti. Aquella muchacha no es tan bella como la hija de lady Hilton; nuestra anfitriona.

—No podrá manipular la imagen de belleza que tengo de lady Loretta, porque para mí, ella es la más bella criatura de la creación. Un poco grosera; pero no fuimos hechos para ser perfectos, sino para encontrar lo que creemos perfecto en lo imperfecto.

Capítulo 4

Loretta al distinguir al alto y atractivo marqués de Lansdowne, se emperifolló un poco más el cabello ante la mirada de Gabriel que sin duda era el centro de las miradas que lo escrutaban como si se tratara de una rara criatura.

—Si te servirás en bandeja de plata, hazlo rápido, Loretta, no te hace falta tanto condimento —comentó su hermano, pidiéndole que se moviera para introducirse más al salón.

—No tengo la culpa de que tu reputación apeste a cadáver. Es como si fuera que yo tengo esa pestilencia.

—Pues ese marqués es un carroñero, te percibe por tu fetidez, pronto vendrá a ti.

Dejó de hacerle caso a su hermano y se dedicó a buscar al marqués con los ojos, aunque él parecía no notarla. Se paseó por el salón sin encontrar a nadie con quien charlar. Las últimas amigas que le quedaban de la escuela de señorita, se disculpaban con celeridad. A la mayoría, sus padres les prohibieron que volvieran a dirigirle la palabra.

Tampoco tenía alguien que la invitara a danzar. Ni damas ni caballeros la rodeaban. Se sentía sola en un gran salón abarrotado de gente.

Sus largas y seguras zancadas se convirtieron en cortas y tímidas; algo que, no era algo típico de ella. El responsable de todo lo que acontecía con su nombre, charlaba con otro noble con el que hizo amistad tiempo atrás.

Movió su dentadura de un lado al otro y se oyó el chirrido que emitía aquel roce. Estaba enfadada. A ella la trataban como si fuera responsable de los actos de su hermano sin merecerlo. Era injusto a sus ojos y a los de cualquiera que tuviera un poco de razón en su cabeza.

Logró olvidar por un momento su pena de ser tratada como facinerosa, tan solo para darse cuenta de que él marqués de Lansdowne no la invitaría a bailar. Iba del brazo de la hija de lady

Hilton.

Para ella no era lo peor que bailara con otra muchacha, sino que lo hiciera sonriente. Esperó a que la buscara como la temporada anterior; sin embargo, él había cambiado de parecer. Quizá desistió de la idea de ser su más asiduo perseguidor y admirador.

Ese pensamiento la llenó de angustia y le hizo pensar en lo incierto que era su futuro sin un hombre que estuviera interesado en ella. Era desolador no contar siquiera con el consejo y la amistad de su querida baronesa Hastings o de la señorita Edith.

Debió ser más inteligente tiempo atrás y aceptarlo, pero ella se preocupaba mucho por Gabriel; mas él no parecía igual de preocupado que ella por su futuro.

Loretta se quedó por un segundo más observando lo que pudo hacer sido su baile el marqués, lamentando las veces que lo rechazó. Luego, desvío sus ojos y se dispuso a abandonar aquel rincón de la amplia mansión que los albergaba.

Charles luchaba incansable por continuar colocando la sonrisa ante la triste prédica de la muchacha que estaba danzando junto a él. Su madre se sentiría desalentada cuando supiera de las cualidades soporíferas de su hermosa candidata. Si deseaba que él se convirtiera en el marqués durmiente, tenía que casarse con ella.

—Es intolerable que una copa esté fuera de lugar, ¿no lo cree usted también, señoría? —preguntó la hija de lady Hilton; llamada Elizabeth.

—Me temo que no soy tan exigente ni exquisito con el servicio. Mi madre se encarga de esos menesteres.

—Es cierto, es propio de las féminas. Tarde o temprano deberá casarse y su madre ayudará a su futura esposa. La marquesa es una mujer amable.

Cuando escuchó aquella descripción por parte de ella, supo que desde un principio su madre la conocía y sabiendo que él terminaría muerto de aburrimiento a su lado, ella deseaba que se

casaran. No concordaban en lo absoluto sobre las cualidades de esposa que buscaba.

Si bien la muchacha era excelente para una conversación con su madre, no era alguien que lo entretuviera con tanta trivialidad.

Su encantamiento por Loretta era único. Ella era lo que él esperaba. Le resultaba desde enigmática hasta grosera. Todo parecía atractivo, peligroso y apasionante.

Perseguirla a ella era más excitante que estar en la cama de alguna desconocida o conocida. El día en que él volviera a compartir su lecho con alguien, sería con Loretta. Ella lograba hacerlo estallar en emociones de toda índole. Alegría, frustración y desilusión estaban persiguiéndolo desde que la conoció.

Al terminar el baile, Charles agradeció a su compañera con falsos elogios de una compañía agradable. Sus ojos no perdieron tiempo en nada que más que no fuera Loretta.

Recorrió el salón de punta a punta. Creyó que se había ido; sin embargo, su hermano estaba muy entretenido charlando, pero ella se encontraba ausente.

Sacó la cabeza por una ventana para observar en el jardín. Su mirada se iluminó al verla cerca de otra ventana. Tenía una copa en la mano, y parecía mantener la mirada en punto fijo del jardín.

Se acomodó el pañuelo del cuello y sonrió como tonto. Exhaló el aire que estaba contenido en su pecho y se apresuró a salir junto a ella. Esperaba no parecer un hombre desesperado por verla, sino que deseaba que aquello pareciera una simple casualidad del destino. Con tranquilidad se colocó cerca de ella, a una distancia prudente.

Vio que tenía copas de vino en una fila de al menos tres. Él hizo un curioso gesto con los ojos al comprender que quizá ella no estuviera muy contenta.

Loretta mojaba sus secos labios con el vino. Estaba desalentada por tener una noche en la que nadie siquiera la buscaba en el jardín, por lo menos un noble quebrado.

Una vez que se bebió esa última copa de un trago, observó que cerca de ella y recostado por la misma pared, estaba el marqués de Lansdowne.

—¡Señoría! —exclamó, apresurada y sorprendida.

Charles fingiendo que no la había visto, se acercó a ella sin la diligencia que antes lo representaba.

—Ah, es usted lady Loretta… —dijo sonando desapasionado —. No la había notado llegar.

—Sí, llegué hace mucho. Usted estaba danzando.

—¡Oh, sí! La muchacha era encantadora. Lady Elizabeth es la hija de lady Hilton —habló entusiasta y luego suspiró —. Considero estar profundamente enamorado.

Capítulo 5

Loretta arrugó su ceño, molesta por lo que él le había dicho. ¿Que estaba enamorado? Eso también se lo había dicho a ella la temporada anterior.

—Oh, es apresurado en cambiar sus afectos… —dijo punzante.

Él decidió seguir fingiendo y obtener mucho más de lo que quería de ella. Sabía que tenía que continuar. Debía dolerle a ella, tanto como sus rechazos le dolieron a él.

—No comprendo, milady. ¿A qué se refiere?

—¡Pues me refiero a que me dijo lo mismo el año pasado! —reclamó. Sus manos se convirtieron en puños por la exaltación con la que ella se expresó.

Charles se regocijaba en la histeria de la muchacha. Estaba complacido hasta en su vena más vengativa, y no se dijera más sobre lo que sentía su corazón; estaba rebozando de alegría al saber que ella reclamaba su atención.

—Sí, lo recuerdo a la perfección. Es usted quien no parece recordar los acontecimientos —contó. Se acercó a ella para acariciar uno de sus preciosos bucles —. Me rechazó hasta que… le dolió la lengua de tanto decir que no. ¿Qué esperaba?

—Esperaba…—habló, aunque después prefirió retractarse de lo que iba a decir —, no esperaba nada.

—¿Esperaba que estuviera como antes, simulando ser una alfombra para usted? Soy un marqués, al que por cierto ignoró. Lady Loretta, este año es diferente —mencionó, mientras levantaba el mentón de Loretta y no dejaba de mirar sus ojos verdes.

Ambos parecían desafiantes. Charles disfrutada de aquel acercamiento físico; mas sabía que la estaba alejando con sus palabras. Ella tenía que comprender que las oportunidades se presentaban solo una vez en la vida, si quería retroceder el tiempo, debía ser ella quien hiciera

esa oportunidad.

Estaban tan cerca, que Loretta pese a su molestia y decepción deseaba callarlo con un beso.

—Ya no quiero conquistarla. Ha perdido su oportunidad de ser mi adorada marquesa. Disfrute de su hazaña, milady… —afirmó deteniendo de los hombros a la muchacha que se acercó para besarlo.

Se alejó y la miró con petulancia. A él le dolía tener que hacerlo, conseguir un beso de ella era lo que esperó durante una temporada completa. Lo anheló con su ser y la tuvo que rechazar por orgullo. Notó que le dolía no obtener su atención. Su estratagema era arriesgada; pero si resultaba lady Loretta estaría como la seda: suave y dócil.

Le hizo una reverencia a Loretta y se retiró, apresurado. Una vez que estuvo refugiado en el salón, golpeó su mano con fuerza en la pared. Era frustrante haber rechazado aquel acercamiento que propició. Le restaba esperar a que ella comprendiera el mensaje que le quiso dejar.

Loretta quedó compungida por lo que le había dicho. Miró a su alrededor para que nadie pudiera sospechar que iba a llorar. Se tapó el rostro con rapidez y respiró con agitación.

—No voy a casarme, seré una solterona —lamentó dejando escapar unas lágrimas.

Si él que era el único que había apreciado algo en ella desistió de casarse, entonces nadie la aceptaría. Se reprochó una vez más quedarse sin la oportunidad de estar casada con un hombre galante como el marqués. Estaría sujeta el resto de la temporada a verlo con otras damas, habiendo tenido ella toda la atención de él tiempo atrás.

Logró sobrevivir a aquella noche hasta que le fue necesario retirarse. No bailó, y Gabriel notó que ella no se iba feliz.

—Dímelo, Loretta, ¿qué te aqueja? —interpeló su hermano con decisión mientras se dirigían a la residencia.

—El marqués no está interesado en mí. Me lo ha dicho —contó sin ánimo.

—Lo siento mucho por ti.

—¿Sentirlo, tú? No lo sientes, Gabriel, ni lo imaginas siquiera. El único que quería casarse conmigo, hoy ya no lo desea. ¿Sabes lo que pienso?

—No quiero saberlo…

—Lo sabrás de todos modos. Es tu culpa.

—¿Deseas que haga algo por ti? Lo puedo hacer si gustas.

—¡Y qué harías! Ya no puedes evitar la reputación que tienes —razonó Loretta, enardecida por lo que su hermano dijo.

—Puedo hablar con el marqués. Me ha demostrado ser un hombre razonable. No dudo ni por un segundo que está haciéndose el importante.

—¿Tú lo crees? —preguntó, esperanzada.

—Fui un hombre vengativo, estoy seguro de lo que digo, y por tal motivo, sugiero que tengas el debido cuidado. No serás inmune a su posible encanto.

—Gabriel, si logras que me vuelva a pedir matrimonio, te adoraré mucho más. —declaró con fervor.

Su hermano le restó importancia con un gesto de la mano. Gabriel no deseaba ver a su simpática hermana con un rostro que no le hacía justicia. Ella era jovial pese a las adversidades que atravesó desde su niñez. Era muy culpable por la situación en la que estaba Loretta. De no haberse casado con Odelia, ella tendría un futuro diferente, al igual que él. En ese tiempo no podía lamentar su primera mala decisión, pues tenía en su casa a la mujer que amaba, esperando a su hijo.

Loretta abandonó ese rostro de funeral para darle lugar a otro que le daba esperanzas. Si su hermano pudo hacer que la dama más recta de la sociedad londinense se casara con él, podía lograr cualquier encargo que se propusiera.

Estuvo observando a su hermano durante el día siguiente, esperando a que hiciera lo que dijo. Llegado un momento en el que Gabriel no soportó su mirada insistente, abandonó el sillón en el que se encontraba con su periódico y lo arrojó a un lado.

—Suficiente, Loretta, ¡iré! —concedió —. Al menos deberías dejarlo pensar.

—¿Dejarlo que crea que no está interesado en mí un día más? Ni pensarlo, Gabriel. Debes hacer que vuelva a mí, me lo debes —replicó su hermana, decidida.

—Debí hacer otras cosas contigo… —gruñó. Cogió su sombrero y el bastón de paseo para salir.

—Es suficiente con que me dejarás en una escuela de señoritas y que despidieras a la señorita Edith…

Gabriel abrió la puerta para luego salir y cerrarla con violencia.

—Lo harás echar la casa, Loretta —reclamó Anne.

—Como si fuese que le interesa esta casa, con suerte le importas.

—No deberías manipular a tu hermano de esa forma. ¿No notas que lo haces sentir culpable?

—¡Es lo que quiero! Si la culpa lo ayuda a apresurar los pasos, me haré la víctima por siempre.

Capítulo 6

Charles se encontraba con el gato de la casa en el regazo. Lo acariciaba lento con una mano, mientras con la otra sostenía con elegancia un pequeño libro que acercaba mucho al rostro. No se consideraba un viejo; sin embargo, estaba perdiendo su buen ojo con los años. Estaba lejos de creer que él era alguien muy mayor para ser aquejado por una visión borrosa, con suerte se consideraba un adulto responsable y en edad de casarse.

Los golpes en la puerta ni siquiera los había oído, su concentración en el libro era plena.

—Disculpe la interrupción, señoría, en la puerta hay una caballero que desea conversar con usted —dijo solemne el mayordomo.

Miró al hombre que estaba un poco encorvado cerca de él y cuando iba a preguntar sobre quién se trataba, su madre se adelantó.

—¿Quién es? —indagó la marquesa, curiosa.

—Lord Coventry, señoría. —respondió.

La madre de Charles observó a su hijo con malos ojos. Si aquel estaba ahí, no era nada bueno.

—Dígale a lord Coventry que el marqués no lo recibirá —sentenció la mujer, decidida.

—Vino junto a mí, madre, no junto a usted. No soy un crío al que le dice qué hacer y con quién hablar. Estoy grande y me hago viejo —alegó Charles desafiando a su madre —. Lo recibiré en mi estudio —añadió para el mayordomo.

Cuando el hombre del servicio se retiró, su madre le levantó enfurecida de sillón, le quitó el libro y empujó al gato de su regazo.

—No maltrate al gato que no tiene culpa de su mal genio.

—Escucha, Charles. Hemos sido bendecidos con el viaje de Lord Jersey, no te atrevas a meter en esta casa a un hombre que se robó a la prometida de otro y no digo más sobre que mató a su primera esposa. Sé que viene a hablarte de la fea culebra que es su hermana.

—Que no mató a su esposa, ella se quitó la vida. Pudo haberse robado a la prometida de Howard, pero no tiene sentido para mí, no era mi mujer a la que se llevó —dijo. Se paró para salir de aquella estancia, pero se quedó un segundo más y miró a su madre para luego desviar sus ojos —. Es mejor que guarde silencio sobre la mujer que estimo. Si su hermano viene hasta aquí es porque ella está interesada en mí. Ya me veo casado muy pronto con ella, que irá liada por mi brazo como lo que es; la más bella culebra.

La marquesa quedó enfurruñada en el gran salón de la residencia. Él sabía que estaría enojada por lo que le dijo. Tenía que proteger de alguna forma sus intereses. Si de su madre dependiera estaría casado con Elizabeth, a quien con suerte toleraba por ser aburrida.

Aguardó paciente por unos instantes a que apareciera lord Coventry. Charles se acomodó las prendas y se quitó el pelo del felino que tenía en su fina vestimenta.

Al momento en que Gabriel ingresó al estudio, el ambiente se tornó silencioso e incómodo para Charles.

—Buen día, señoría, le agradezco que me pudiera recibir pese a discutirlo con su madre por unos instantes… —saludó Gabriel, que sin desearlo escuchó la decadente platica que sostuvieron aquel y su madre.

—Me avergüenza lo que dice mi madre, sabrá usted disculparla —aludió, rojo de pena —. ¿A qué debo su visita?

Charles le señaló a Gabriel un sillón frente al suyo y también se sentó una vez que su visita lo hizo.

—Mi hermana Loretta me ha pedido; más bien, me exigió que viniera junto a usted.

Se jactaba al escuchar lo que aquel visitante le decía. Era ella quien estaba detrás de la figura de su hermano.

—Ayer tuve el placer de volver a encontrarme con ella…

—Ella al parecer no consideró que usted estuviera feliz de verla. Me dijo que su interés por ella se había ido. Me permito preguntar si es correcto eso.

—No, no es correcto. Quiero casarme con su hermana, sin duda que sí, pero no le será fácil obtenerme como su esposo. La temporada anterior me rechazó hasta que se le acabaron las formas de rechazar a alguien. Si desea mi compañía, será ella quien deberá conquistar mi voluntad —respondió con seriedad.

Gabriel se quedó callado y lo observó con detenimiento.

—Presumo que a su parecer es bueno lo que hace y confieso que desde aquí le doy cierta razón. Loretta no ha sido educada, y por sobre todo, no ha pensado correctamente en su futuro por ser leal a mí. Le pido que no haga sufrir a mi hermana. Me tranquiliza saber que en algún momento usted dejará su capricho, tal y como lo hizo ella. Su futuro depende de su generosidad… —insinuó, condescendiente.

Una sonrisa conforme se formó en el rostro de Charles. Casarse con Loretta estaba más cerca de lo que había pensado.

—Espero no soportar mucho tiempo mi actitud con su hermana; mas yo deseo a una esposa un poco más dócil y conseguiré suavizar a la muchacha con un poco de indiferencia.

—No demasiada —insistió Gabriel.

—Estoy de acuerdo. Dígale a su hermana que si desea ser una mujer casada, deberá conquistarme como lo intenté yo la temporada pasada.

—¿Incluye hacer el ridículo cayendo de su caballo?

—No, pero es deseable que sufra un poco…

Gabriel no estuvo lejos de lo que supuso sobre el marqués. Aquel estaba haciéndose el importante. No salió desalentado de aquella mansión, aunque sí molesto por la expresión que la marquesa utilizó para referirse a Loretta.

Al cruzar la puerta de su residencia, Loretta lo había escuchado y se apresuró a bajar las escaleras.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó, fisgona. Él no le respondía. Estaba acomodando su bastón y su sombrero en la entrada —. ¿Y bien?

—No me ha dicho nada relevante —respondió al fin su hermano.

—¿Es todo? ¿No hay motivos o explicaciones? —interpeló, desconfiada.

—No. Solo me ha dicho una cosa insignificante.

—¿Qué es?

—Quiere que tú lo conquistes. Si deseas a ese caballero para tu esposo, deberás seguir sus reglas.

Capítulo 7

Loretta miró con incredulidad a su hermano. Sus oídos eran incapaces de hacer que su cerebro recibiera tamaña ridiculez.

—¿Reglas? —espetó.

—No es lo peor que ha dicho. El inocente piensa que en tu vocabulario se encuentran la palabra dócil… —continuó su hermano, provocando su molestia —. Es evidente que no te conoce en lo mínimo. Reglas y docilidad, ni yo te lo he pedido porque eres incapaz de hacerlo.

—Puedo seguir reglas, pero dócil… ¿qué quiere? ¿Una liebre? No tengo apuro en casarme, esperemos a que cambie de opinión.

—Podemos ir a Francia. Si el sinvergüenza del conde de Jersey logró casarse ahí, tú también podrías hacerlo. Es eso o ser dócil, Loretta. El marqués no cambiará de opinión, lo hartaste. ¿Quieres quedarte soltera?

—No quiero quedarme soltera, pero su pedido es abusivo. Le daré lo que pide. Soy capaz de hacerlo.

—¿Podrás con esto?

—Sí, pero veremos si él puede soportar sus propios pedidos. En ocasiones debemos tener cuidado con lo que deseamos…

Gabriel achicó sus ojos para mirar desconfiado a su hermana que estaba impregnada de seguridad. Lo abandonó al poco tiempo y se fue al salón del té.

Por la tarde, ordenó que le llevaran un té, mientras se dedicada a hacer unos bordados. A la vez que llevaba a cabo ese menester, sopesaba la tontería de seguir reglas y «portarse bien». Por lo que Gabriel le contó, pudo discernir sobre el deseo de venganza del marqués por los rechazos que le hizo.

—¿Tomará el té sola, lady Loretta? —curioseó el padre de Anne que se introdujo a la sala donde ella se encontraba.

—Sí, milord, al menos eso pensé hasta que apareció. Supongo que no despreciará mi compañía.

—No, querida. A mi edad son pocas las invitaciones que recibo. De hecho, no recuerdo la última invitación que recibí. En ocasiones salgo con Anne, me preocupa que no tenga un buen matrimonio. Estaría encantado de que se casara con un buen partido.

—Milord, Anne está casada con mi hermano desde hace un año.

—¡Oh, niña, en ocasiones se me olvidan las cosas!

—Es adorable. Me encantaría casarme con usted, pero sería un poco embarazoso ser la madrastra de mi cuñada —dijo Loretta con un mohín.

—Qué buenos cumplidos ostenta. ¿Y usted se casará con ese marqués?

—No estoy segura de ello. ¿Cree que alguien que desea que cambie lo que soy, me merezca?

—No hay mejor engaño que cambiar un gato por una liebre, querida.

—Es eso lo que haré. El marqués deseará no haber dicho la palabra dócil en su vida, hasta aprenderá a olvidarla —rio al decirlo. Le sirvió el té al viejo conde y luego echó un poco en su taza.

El conde le sirvió de mucha inspiración, aunque en ocasiones terminaba olvidando lo que le dijo hacía unos momentos atrás.

Tomó una invitación de las pocas que solía recibir para algunos acontecimientos. Estaba segura de que esas invitaciones las orquestaba el propio marqués a cambio de verla.

Era difícil que ambos cedieran a sus deseos. Eran orgullosos y no estaban dispuestos a mostrar debilidad, al menos él no lo deseaba.

La noche en la que asistiría al baile, se preocupó por su figura como solía hacerlo con regularidad. Practicó mucho para parecer una muchacha hueca. Si eso era lo que deseaba el marqués de Lansdowne para casarse con ella, se lo daría. Una vez casados, sacaría las uñas otra vez.

Sonrió maliciosa por pensar en el rostro delicado de ese caballero, frunciendo el ceño para luego rogar para que regresara a ser la Loretta que él esperaba.

Cuando estuvo dentro del salón, buscó al marqués y esperó a que él se diera cuenta de que estaba también en ese baile. Una vez que logró su cometido, movió su abanico con sutileza sin dejar de mirarlo.

Para él aquel representaba sin duda un llamado. Abandonó sin titubear a las personas con las que compartía una conversación.

Era difícil resistir estar cerca de Loretta, era una lucha no ofrecerse de tapiz y rogarle matrimonio. Suponía que aquella tentadora muchacha tenía entre sus manos saber lo que él esperaba de ella.

Se colocó frente a Loretta e hizo una reverencia, que ella replicó con exagerada condescendencia.

—Buenas noches, lady Loretta.

—Buenas noches, señoría. Agradezco poder estar aquí. Sé que es gracias a su influencia social. No imagina el favor que le está haciendo a mi familia dándome la oportunidad de buscar un esposo. Qué amable es usted —expresó en un practicado acto que hizo varias veces frente al espejo, esperando verse dulce y frágil.

Charles hizo aparecer una expresiva raya en la frente y que nada tenía que ver con su edad, sino más bien era algo de incredulidad reflejada.

—Merece estar presente en los mejores acontecimientos.

—Los adornos de este baile son muy gratos a mis ojos. Algún día quizá organice un baile y lo haré con la magnificencia de este estilo. ¿Se ha fijado en el arte que se encuentra clavado en las paredes o los jarrones de la entrada? He quedado impresionada. Consideré que un hombre importante como usted conoce de arte y además posee una valiosa colección en las paredes y esquinas de su casa.

—No soy alguien que coleccione mucho, lady Loretta —logró articular, confundido.

—La música de la danza también es atractiva para un baile, ¿será la hija de lady Hilton su escogida de esta noche para la danza? Sabré entender si su señoría prefiere la compañía de tan grata muchacha, cuya sonrisa es comparable a la pintura de un ángel. Qué graciosa es… —dijo. Actuar de manera burlesca era algo que adoraba, y observar el rostro de confusión del marqués amenazaba sus cualidades de actriz.

Para Charles era evidente que Loretta había trazado una nueva manera de importunarlo. Él no iba a dejarse vencer por su impertinencia.

—Esta noche rechazaré a la distinguida lady Elizabeth, por usted. Ella sabrá comprender que en ocasiones es bueno hacer favores a las damas que no son propicias para una buena danza. Con su corazón generoso sabrá apreciar mi más amable gesto con los desfavorecidos.

Loretta hizo chirriar los dientes de rabia, aunque aquel no lo notó. Él le pidió su mano con un gesto y ella se lo entregó para que fueran a danzar.

Capítulo 8

Los ojos de ambos no dejaban de desafiarse cuando caminaban para danzar. Cada uno de ellos esperaba algo distinto del otro; sin embargo, deberían resignarse a que no ocurriría lo que esperaban por separado.

Loretta estaba decidida a continuar atacando al marqués con su falsa amabilidad hasta que desistiera del absurdo de que ella se convirtiera en una criatura sin alma y sin voz.

Se dieron una reverencia antes de iniciar con el baile. Su mano derecha estaba sostenida por la mano izquierda de Charles. Era agradable sentir el tibio contacto pese al guante que cubría sus manos hasta el codo.

—Baila con elegancia, señoría. Poco falta para compararlo con algún gracioso animal como acostumbran los caballeros para comparar a las damas —mencionó Loretta durante el baile.

—Ciertamente. Amamos comparar a las damas con otras perfectas criaturas de la creación. Lady Elizabeth es una elegante garza al estar en un salón.

Ella reprimió sus impulsos de ofrecerle su opinión sincera. Sonrió y continuó con su actuación.

—Estoy de acuerdo con usted. Qué excelentísima dama. Siempre he sentido fascinación por la cristalería que halaga y por la limpieza de la que hace mucha gala. Es impecable. Deseo ser tan perfecta como su enamorada.

Charles consideraba que era capaz de soportar muchas cosas, salvo que quisiera Loretta ser como lady Elizabeth. Eso era intolerable.

—Con el respeto que merece, lady Loretta, ¿qué le ocurre?

—¿A mí? No me ocurre algo muy grave. Solo he decidido ser lo que su señoría necesita para esposa.

—Lo sabía. Consideraba su malicia como una forma de defenderse, lady Loretta. —dijo orgulloso.

—¿Malicia? Usted es quien no deja de ser malicioso. Pretender cambiar lo que soy por un capricho suyo supera cualquier paciencia.

—¿A qué se refiere? ¿Qué he querido cambiar yo de usted?

—¿No ha dicho la palabra dócil en sus conversaciones con mi hermano? Desentiéndase del asunto —mandó, quisquillosa.

—He dicho dócil, pero…

—¿Qué desea usted? ¿Un pajarillo, una liebre? Vaya de cacería a buscar algo dócil —espetó olvidando su actuación y dejando al desnudo sus verdaderos pensamientos.

—Por Dios, lady Loretta, si hubiese querido algo dócil no estaría bailando con usted, sino que estaría casado con lady Elizabeth. Me alegra que solo haya estado fingiendo ser educada.

—¡Qué arrogante! —farfulló molesta.

—Me estaba preocupando por usted y su tan agraciada grosería. Sí, mencioné docilidad cuando conversé con su hermano, pero era con el pleno empeño de que comprendiera que fui un buen partido en su momento.

—No estoy desesperada por casarme para desear conquistarlo…

—¿Y entonces por qué ha fingido algo que no es?

—¡Por molestarlo, para ver su expresión! —masculló.

—¿Solo esas son sus razones?

—¿Y qué más debería impulsarme según usted?

—Su necesidad de casarse. ¿Acaso nota a alguien que desea bailar con usted? Si yo lo hice fue porque pensé que había cambiado en algo.

Ofendida, Loretta soltó sus manos del agarre de Charles en pleno baile. Interrumpió a otros con su retroceso y una vez que se dio cuenta de que se dejó llevar por su coraje, se apresuró a salir de aquel grupo de danzantes. Lo hizo con la cabeza agachada y las manos convertidas en puño.

Se sentía desafortunada y ofendida hasta el punto que dejó el salón sin importarle nada, ni la vergüenza para él, ella o su familia.

Se apresuró a buscar su carruaje y terminó escondiéndose adentro. No volvería a ese lugar, si lo hacía, golpearía al marqués con el abanico que colgaba de su muñeca.

Gabriel buscó apresurado a su hermana a quien vio salir con mucha prisa. No la distinguía a lo largo de la fila de carruajes. No era capaz de irse sola a la residencia.

—Lady Loretta está en el carruaje, milord. Ha venido muy afectada —avisó su cochero.

—Gracias…

Abrió la portezuela del carruaje y ahí se encontraba su hermana. Tenía los brazos cruzados bajo el pecho, eso era lo único que alcanzaba a distinguir por los faroles de la calle.

—Loretta…

—Me ha ofendido inescrupulosamente. Esto acabó, Gabriel. Fue humillante que alguien me dijera que no había nadie esperando a bailar conmigo. ¿Sabe acaso sobre el dolor que me provocan sus palabras?

—Supongo que no lo sabe. ¿Pensaste en que podríamos ir a Francia?

—Cualquiera puede casarse. Es una opción.

—Dejaremos Londres muy pronto. No mereces que te rechacen por mi causa —alentó Gabriel, subiendo al carruaje para sentarse junto a su hermana y tomar su mano con cariño.

Los ojos de ella se habían llenado de lágrimas. Era muy tarde para intentar recuperar el tiempo perdido. El marqués de Lansdowne estaba muy lejos de ser el caballero que la había

enamorado y contra el cual luchó con todas sus fuerzas para no caer enamorada. Fue en vano porque cayó, era una lástima que lo hiciera cuando él salió de ese enamoramiento.

Su hermano golpeó el techo del carruaje y partieron a la residencia. Rememoró que su idea de ridiculizar al marqués le salió muy mal. Ella fue quien terminó ofendida antes de abandonar todo. En aquel salón no solo había dejado su poca reputación y su respeto por las buenas costumbres. No hizo más que dar pie a que la gente hablara de lo inadecuada que era para un caballero inglés.

Charles no sintió vergüenza de ser abandonado por su compañera de baile. Hizo varias reverencias como disculpas y se acercó a su madre.

—Qué vergüenza, Charles. Aquella es una arpía que busca humillarte. Tan buen bailarín que eres, querido —aduló su madre.

—Fue por mi causa. Yo la provoqué. Dije cosas de las que no me siento orgulloso. ¿La ha visto?

—Prefiero no verla. Es probable que regresara a su casa. Después de esa vergüenza nadie más la volverá a invitar a algún acontecimiento, ni siquiera si tú intercedes por ella como lo haces. Te agrada sufrir, Charles.

Él ignoró las palabras de su madre. Salió fuera del salón para buscar a Loretta. De ella no había quedado rastro. Preguntó a un cochero si distinguió a una dama en la oscuridad, a lo que el hombre le respondió que se había ido.

Se maldijo entre dientes por ser tan vengativo. Esperaba ver a Loretta otra vez y ofrecerle sus más sinceras disculpas.

Capítulo 9

Estaba muy arrepentido por lo que había dicho. Semejante niñería su musa no se lo perdonaría. Intercedió para que Loretta siguiera concurriendo a los mismos eventos que él. Pese a conseguirlo, ella no asistió a ninguno.

Su desazón y desesperación por no saber de ella no tenía fin. Su tranquilidad se desvaneció desde aquella noche en que dijo semejante barrabasada.

Ante su completa desaparición, decidió espiar la residencia del conde de Coventry. Loretta no salía siquiera a mirar el jardín o a leer fuera de la casa. Sus días observando como un delincuente fueron infructuosos. Después de una semana de estar apostado en el sitio sin animarse a pedir conversar con ella, observó que de un carruaje de alquiler, descendió la señorita Edith que era dama de compañía de la esposa de su amigo Howard.

Quedó sorprendido al verla y quiso saber si Howard también regresó. No le había escrito para avisarle nada de su vuelta a Inglaterra.

—¡Señorita Edith! —exclamó Loretta sin ápice de vergüenza. Se abrazó a su antigua institutriz y luego la cogió de ambas manos para llevarla al sillón largo del salón para conversar —. Estoy tan feliz de verla, señorita Edith.

—No más que yo. Ha sido un largo año alejada de usted. Le pedí a milady que me dejara venir a verla. No le hará falta mi compañía si tiene un nuevo esposo —rio Edith al contarlo.

—Se casó con ese mal hombre. Debió sufrir más en su vida por todas sus maldades.

—Lady Loretta, no es malo. No lo conoce. Es muy amable y trata con diligencia a mi patrona. Es un buen esposo, además de que me ha dejado dinero para quedarme unos meses aquí junto a usted.

—¡Compró su alma, señorita Edith! —replicó.

—Milady, deseaba estar presente para saberla bien casada. Es mi sueño como institutriz. Más adelante estoy segura de que volveré a iniciar un proceso parecido con los hijos de la condesa. Dígame, ¿cómo le va en su búsqueda de un esposo?

—Mal, señorita Edith. No tengo un prospecto, y el único que parecía un buen partido que me adoraba, desistió de conquistarme de una manera humillante. El marqués de Lansdowne no era el caballero que yo pensé y que por una temporada estuvo enamorándome con sus palabras y sus formas. Es un sinvergüenza, vengativo y engreído. Petulante hasta el último cabello de su coqueta cabellera —se quejó con un mohín de disgusto.

—Oh, qué pena, milady, pero no debe ser el único caballero de Londres.

—Salga de su vaso. Nadie quiere casarse con la hermana de lord Coventry. Soy una mala esposa antes de que me conozcan, sin un prometido… Me juzgan. Gabriel dice que en Francia tengo probabilidades de casarme.

—¿Y es lo que desea usted?

—¿De qué me ha servido desear? Al fin lo que interesa es casarse para no ser una carga para mi hermano. Tendré que perfeccionar mi francés si me casaré con uno —dijo y se encogió de hombros.

Edith consoló a Loretta con un fuerte apretón en sus manos. Conversaron sobre el inesperado matrimonio de la baronesa Hastings con el conde de Jersey. No había sido nada espectacular, sino más bien encuentros y conversaciones. No era común ir a Francia para buscar un esposo y terminar casándose con un inglés.

Las pertenencias de Edith se bajaron del carruaje de alquiler y quedaron en aquella residencia ante los ojos de Charles que estaba curioso por conocer las razones de aquella visita.

Por la tarde, Edith salió de la casa y se dirigía hacia donde estaba Charles dentro de su carruaje. Él se escondió y esperó a que siguiera su camino, pero el sonido de los golpes a la portezuela, le hicieron saber que aquel era su destino.

Charles se asomó, avergonzado.

—Buenas tardes, señoría. Reconocí su carruaje desde hace tiempo. Tengo una carta de milord para usted —anunció la mujer enseñándole el papel.

—Se lo agradezco. Que esté aquí es una coincidencia. ¿Howard se encuentra en Londres? —interrogó, cogiendo lo que le había dado la mujer.

—Él está en Francia con su esposa. He venido para ayudar a lady Loretta a encontrar un buen pretendiente. He quedado muy preocupada por ella desde la temporada pasada en la que me vi obligada a abandonar Londres con la baronesa.

—Ah, ¿y cómo se encuentra lady Loretta? —indagó, fingiendo desinterés mientras rompía el sello de la carta.

—Muy triste porque partirá a Francia en unas semanas. Su hermano confía en que encontrará un esposo para ella en otro país.

—¿Un francés? —gruñó.

—Mejor uno a ninguno, señoría.

—Considero que no debería irse de Inglaterra. Tan solo debería pedir disculpas por rechazarme.

—Oh, señoría. Se conseguirá diez maridos en Francia antes de disculparse.

—Las cosas se complican. Haga lo posible para que no se vaya.

—No puedo hacer mucho. Y si lograra que se quedara, usted no se casará con ella.

—Solo… ¡Tendré que hacerlo yo de nuevo! —se quejó.

Conocía la razón por la que ella ya no estaba interesada en los bailes de Londres. No asistía porque sentía que el único que la quería dejó de hacerlo. Loretta estaba equivocada, pero con el orgullo herido por su rechazo no pudo pensar bien. Tenía miedo de que ella se fuera y al poco

tiempo regresara casada con un sucio francés perfumado.

Se quedó en la calle hasta el anochecer. Cuando notó que cada estancia se iba haciendo oscura, se decidió a entrar en la propiedad. Al menos deseaba ver a Loretta por un momento.

Rodeó la oscura residencia y no tenía forma de acceder a la segunda planta desde afuera. Intentó ingresar por algunas ventanas de la parte inferior; sin embargo, todas estaban cerradas. Se maldijo mientras iba para salir de la propiedad. De repente, se abrió una de las ventanas y la figura en camisón de Gabriel sostenía un arma.

—¡Lárguese de mi propiedad antes de que le llene los intestinos con balas! —advirtió al reconocerlo.

—¡Cálmese, lord Coventry, estaba…!

—¡Estaba qué!

—¡No tengo justificación! Ha sido una tontería.

—Si pensaba entrar para comprometer la reputación de mi hermana, se ha equivocado. Mañana mismo se irá de Londres. Ha sido suficiente de usted. Váyase y no me haga cambiar de opinión —mandó para luego cerrar esa ventana con violencia.

Capítulo 10

Loretta se despertó con la orden de partir a Francia ese mismo día. No comprendía la apresurada decisión de su hermano. La señorita Edith tampoco pudo encontrar una explicación razonable a algo que no había mencionado la noche anterior. Ella estaba recién llegada, aún sentía los achaques del largo camino y no tenía deseo alguno de regresar al menos tan pronto.

—¿Por qué debemos partir tan pronto, Gabriel? —preguntó desconcertada Anne.

—Porque hemos recibido la poco honorable visita del marqués de Lansdowne. Ha perdido cualquier vestigio de decencia. Venir a nuestra casa por la noche con la intención de ingresar al aposento de Loretta es inaceptable.

—¿Qué hay de inaceptable? Él la adora…

—Anne, no puedes pensar bien. Es inapropiado. Un hombre que aparece con esas intenciones…

—Por supuesto, lord Coventry, el hombre con las mejores intenciones que vio nacer Inglaterra. Esto no habla bien de tú falsa moral. Te recuerdo muchas cosas que has hecho.

—Todo ha sido por amor a ti.

—Y él lo hace por amor a ella. Yo me niego a abandonar Londres sin que Loretta converse con él.

—No te preocupes, querida. Iremos en el carruaje que seguirá en el que irán Loretta y la señorita Edith. Lamento que tenga que sufrir un trayecto muy largo, pero la seguridad y reputación de mi hermana son más importantes.

—¡Gabriel, no nos dijiste nada anoche! —interrumpió Loretta, reclamando.

—¿Están tus pertenencias en el carruaje? —respondió su hermano con otra pregunta.

—Lo han hecho todo sin mi permiso. ¡Qué ocurre! —insistió.

—¿Señorita Edith, sus cosas también están en el carruaje?

—Sí, milord, no he tenido tiempo de desempacar nada.

—Ven, Loretta. Usted también, señorita Smith. Le explicaré a mi hermana lo que está ocurriendo.

Caminaron hacia el carruaje que estaba con su paje abriendo la portezuela.

—Loretta —indicó Gabriel con una mano para que subiera.

—Estoy adentro, ¿responderás a mis cuestionamientos?

Gabriel le indicó a la señorita Smith también que fuera en el carruaje con Loretta. Una vez que estuvo adentro, asintió.

—Te diré que es por cuidar de ti —fue lo único que articuló —. Es hora…

—¡Gabriel! —exclamó al momento que el paje cerró la portezuela y ella quedó pegada a la ventanilla sin mayor explicación del asunto.

—No insista, lady Loretta. Supongo que descubrió al marqués espiando la residencia —explicó Edith.

—¿Qué?

—Sí. Yo misma lo descubrí, pero no se lo dije a su hermano. Si él está cerca evitará que se vaya a Francia. No le agradó la idea de que se case con un francés.

—Es muy tarde. No soy alguien que participará de sus juegos poco claros. Si me amaba verdaderamente, pediría mi mano, pero él espera que lo haga yo como si fuera que me corresponde hacerlo.

—Los desplantes que le hizo le han molestado a su señoría, y usted es incapaz de disculparse por ello. Prefiere ir para sufrir a otro país.

—En otro país donde no me juzgarán por cosas que ni siquiera me competen.

Después de la noche en que Gabriel lo amenazó con su arma, no desistió de la idea de ver a Loretta y convencerla de que no fuera a Francia para casarse. Partió casi al mediodía para espiar la casa y esperar a que saliera para conversar del asunto.

Un carruaje se preparó para partir desde la residencia cuando llegó.

—¡No, no, no! —exclamó descendiendo apresurado del suyo.

Corrió por una cuadra para alcanzarlo. Muy poco le importó la vergüenza que estaba pasando. No podía dejar que Loretta desapareciera intempestivamente.

Golpeó el carruaje con las palmas para que este se detuviera. El cochero paró la marcha, y él, cansado reposó su peso en sus rodillas.

—¡Lady Loretta! —llamó recobrando el aliento, pero cuando vio descender a su hermano, supuso que no le sería fácil hablar con ella.

—¿Está espiando mi casa? No es posible que se avergüence tanto.

—Puedo hacer peores cosas por conversar con su hermana. Permítame hacerlo… —pidió agitado.

—Lamento desilusionarlo, pero Loretta partió dos horas antes en otro carruaje rumbo a Francia, en este vamos mi esposa, mi suegro y yo.

Charles cerró los ojos y se lamentó todavía más haber sido perezoso aquel día para salir más tarde de su residencia.

—Perdió a mi hermana. Es una gran mujer.

—Estoy a tiempo de alcanzarla… —dijo pese a que ella le llevaba gran ventaja de tiempo.

Le dio la espalda a Gabriel y se apresuró a regresar hasta su carruaje.

Quitó los tiros del carruaje y tomó a uno de los cuatro caballos para que hiciera esa carrera

contra el tiempo. Él debía alcanzarla y rendirse de una vez ante ella. Era inútil esperar a que aquella lo hiciera. Suficiente muestra de su amor era saberse molesta porque dijo estar enamorado de Lady Elizabeth y además fingir una docilidad ridícula. ¿Cómo no se dio cuenta de eso antes? Estaba ciego esperando palabras que él le daría a ella, olvidando que eran personas diferentes, almas ajenas queriendo juntarse.

Azuzó al caballo de tiro. Estaba concentrado en conseguir alcanzarla y deseaba no cruzarse con alguna rama suelta en el camino. Si debía llegar hasta el mar en el lomo de su bestia, lo haría sin remordimientos.

Aquel pobre animal casi estaba agotado por el largo trayecto que lo hacía correr a gran velocidad. A él no se le ocurría pensar que ella no llegaría tan rápido y que tampoco estaría casada al pisar Francia, pero era imposible hacérselo saber a su desesperación.

Luego de mucho tramo recorriendo, alcanzó al carruaje que él suponía que era el que llevaba a Loretta.

Loretta tenía la mirada perdida en el paisaje. Estaba aburrida y resignada a tener que mejorar su francés. Edith le estaba leyendo un texto para que fuera familiarizándose con el acento.

En un momento, creyó ver la figura del marqués azuzando a su caballo. Consideró que estaba enloqueciendo hasta que escuchó a alguien decir: «Deténgase»

—¡Deténgase! —ordenó al cochero, que en lugar de obedecer, espoleó también a los caballos creyendo que se trataba de un salteador de caminos.

Charles luchaba por colocarse frente al carruaje, pero con su caballo tan cansado, era imposible.

—¡Deténgase, deténgase! —mandó Loretta sacando la cabeza por la ventanilla del carruaje —. ¡Es el marqués de Lansdowne!

El coche aminoró la marca al igual que él. Se acercó pronto para hablar con Loretta. Ella

también se apresuró a dejar el interior del carruaje.

—Lady Loretta, yo quería… —mencionó él, pero fue interrumpido antes de continuar con el abrazo de Loretta.

—¡Lo siento mucho! ¡Yo lo amo!

Final

—¡No puedo callar más y si debo tragarme mi orgullo, lo haré, pero no quiero ir a Francia y estar lejos de usted! —continuó diciendo, aferrada al cuello de él, que la asió entre sus brazos para darle vueltas.

—Entonces, acepta… —mencionó, aunque volvió a ser interrumpido por ella.

—¿Acepta usted casarse conmigo? Ya me lo ha pedido, es mi turno de devolver sus bondades. Si ha venido desde Londres por mí, espió mi casa e incitó mis celos, significa que no ha perdido el interés.

—Nunca. Sería incapaz de olvidarla, porque se ha clavado en mi pecho como una estaca. Soy culpable de desear más de usted de la manera incorrecta. Perdone a mi orgullo que no me ha dejado ver que estaba haciendo mal.

Loretta rio entre lágrimas de alegría y negó con la cabeza.

—Perdóneme porque estuve ciega y sin desear admitir mis sentimientos. He intentado justificarme con la fidelidad a mi hermano. He sacrificado mi felicidad y la suya sin razón alguna. Mientras Gabriel y Lord Jersey viven plenos y felices.

—Casémonos pronto para recuperar nuestro tiempo perdido —pidió Charles, envalentonado por las palabras de ella.

—¡Sí! Señorita Edith, haga espacio en el carruaje para el marqués, regresaremos a Londres —mandó Loretta, entusiasmada sin dejar el contacto con Charles.

—Sí, milady —asintió sonriente.

Chales cogió a Loretta del mentón para acercarse a besarla y sobre sus labios, susurró:

—¿Qué dirá su hermano?

—¿A usted le preocupa mi hermano? ¿Qué pensará su madre sobre casarse con la hermana de lord Coventry?

—Lo único que puedo decirle sin temor a equivocarme es que no me casaré con la hija de lady Hilton. Es una buena muchacha, pero moriría de aburrimiento. Con usted sé que ni paz tendré y eso me alienta a tener una vida animada.

—Prepárese para ser rechazado por la sociedad —advirtió.

—No, mejor prepárese para ser aceptada por ellos. Nadie rechazará a mi marquesa…

Luego de decir aquello, se apoderó de los sonrientes labios de Loretta, que parecía vivir un sueño. Tendría al exquisito marqués de Lansdowne como su esposo. Viviría en las nubes si siempre él la besaba con la suavidad de la seda y ese caluroso y entusiasta acercamiento.

Cuando se alejaron del beso, rieron como cómplices y ascendieron al carruaje agarrados de las manos. El cochero ató al cansado caballo del marqués a la parte trasera del carruaje para regresar lentamente.

En el camino de regreso se encontraron con Gabriel que aún no se había dado cuenta de que el marqués se encontraba dentro del carruaje con su hermana y la señorita Edith.

Descendió de su coche y abrió la portezuela, quedando con la quijada en piso al distinguir al caballero tomando las manos de su hermana.

—¿Qué está haciendo aquí, señoría? —preguntó una vez que la sorpresa se le pasó.

—Su hermana me ha pedido matrimonio y yo acepté. Regresamos a Londres para anunciarlo —respondió.

—No he concedido tu mano para casarte, Loretta. —gruñó Gabriel, reprobando a su hermana.

—¿Te negarás a que sea feliz con el marqués? Si lo haces, no dudaré en escapar o secuestrarlo. Él es lo que siempre deseé, hazme feliz, Gabriel… —pidió, dejando las manos de

su marqués para tomar las de su hermano.

—Lo hablaremos en casa. Una vez que el marqués descanse y se presente a pedir tu mano; como se debe, tendremos algo que discutir.

—Estoy de acuerdo. Deberé enfrentar a mi madre, es una noticia que no le causará mucha felicidad…

Para cuando regresaron a Londres se hizo de noche. Charles regresó a su casa a paso lento, con el corazón lleno de felicidad y esperanza. Sabía que su madre sería un hueso difícil de roer, pues le importaba mucho el buen nombre de las familias.

—¡Oh, Charles! —exclamó, acercándose hasta él —. Cuando el cochero me dijo que partiste sin rumbo estuve a punto de morir. Casi ha pasado un día desde que te fuiste. Te ves cansado…

—No exagere, madre. Fui detrás de lady Loretta. Su hermano la envío a Francia para que encontrara un buen partido.

—Si regresaste es porque se ha ido. Es lo mejor, cariño. Podrás concentrarte en una buena mujer, y en una muy bonita. Esa muchacha ni siquiera te apreciaba. Mira que despreciar a tan buen partido. Tu aprecio por ella es completamente inmerecido.

—Lamento decirle que sí alcancé a milady. Lo peor del asunto; para usted por supuesto, es que me dijo que me amaba y me pidió matrimonio. A lo que como todo un hombre sin decencia, me arrojé a sus brazos y acepté. Estoy comprometido con la hermana de lord Coventry —contó con una sonrisa que cruzaba su boca.

—¡Cómo pudiste hacer eso, Charles! ¡No tienes mi aprobación! ¡Mancharás el buen nombre de nuestra familia si te atreves a juntar tu sangre con esa gente!

—Pensé que le importaba que fuera feliz y que me quisieran…

—Es así, pero esa muchacha es incapaz de eso. Sin duda, eres su única manera de abandonar su soltería. Ningún otro tonto le pediría matrimonio —justificó su madre, esperando a que

deshiciera el compromiso.

—Soy el tonto más feliz que puede existir. Iré a descansar. Si no quiere vivir con lady Loretta en esta casa, ella y yo nos iremos a una de nuestras propiedades. No la obligaría a convivir con mi esposa, porque ella la colocará en su sitio —dijo antes de dirigirse a su habitación.

—¡No me harías eso, Charles! ¡No te atreverías! —espetó su madre, enojada.

Él la ignoró y se encerró en su habitación para tomar un baño y descansar.

Tres meses después…

Loretta y Charles se casaron en Londres y como él le prometió, nadie la rechazó. Tuvieron que aceptar a la prometida del bien parecido e influyente marqués de Lansdowne, quien tenía como objetivo, reivindicar el nombre de su prometida.

La marquesa viuda no apoyaba el matrimonio de su hijo, aunque asistió. Los conflictos con la nueva esposa de su hijo no se hicieron esperar cuando cruzaron casados la puerta de su mansión en Londres. Lo que provocó que él abandonara a su madre para que Loretta y él fueran a vivir felices a una de las propiedades rurales que tenían.

—Esta será nuestra casa, Loretta. —dijo Charles, señalando la casa con pilares de mármol que se asomaba en la altura de la propiedad en Yorkshire.

—Es hermosa. Lamento que la marquesa viuda no deseara mi presencia.

—Si ella rechaza a la mujer que es mi esposa, también me rechaza. Somos uno hasta la muerte. Si desea mi compañía y la de sus nietos en un futuro, deberá aceptarte. Si no lo hace, no me ama, ni amará a mis hijos.

—Esperemos que así sea. En este momento deseo, que cierto marqués recupere el tiempo que perdimos… —alentó coqueteando con la mirada, mientras le acariciaba con un dedo el pecho.

—Todo está listo, mi marquesa, para el primer día de nuestra larga vida juntos…